







**EXPERIMENTAMOS CON LAS PALABRAS**



# VIAJE BIONARRATIVO



Laboratorio de Escritura Autobiográfica

Camelia Rosío Moreno G.

Pilar de la Paz Puebla

Paloma Sulkin

Coordinadora: Gloria G. Fons

D.R. © *Viaje Bionarrativo* | Laboratorio de Escritura Autobiográfica  
Primera edición, Laboratorios Literarios, México, 2021

©Camelia Rosío Moreno G.

©Pilar de Paz Puebla

©Paloma Sulkin

Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización de las autoras.

®Laboratorios Literarios | Experimentamos con las palabras

©Gloria G. Fons, Coordinadora Literaria, edición y diseño

Esta antología es un proyecto de ®Laboratorios Literarios

Desarrollado para su venta exclusiva a través de Autores Editores

[www.laboratoriosliterarios.com](http://www.laboratoriosliterarios.com)

## LOS VIAJES

CAMELIA ROSÍO MORENO G.....	9
Entre limón y vainilla la infancia se derrite.....	11
Amar un ruiseñor.....	13
Silencio forzado.....	15
El sol gira.....	16
Seis vueltas al sol más tarde.....	19
Rememoración .....	21
Omisión .....	23
PILAR DE LA PAZ .....	25
¡Corran, corran! .....	27
Enamorada del piso y del boiler.....	31
Jacinta.....	35
Mi Caballero.....	36
PALOMA CUNG SULKIN .....	39
Un violín y dos manchas de grasa.....	41
Cartas a Eufemia .....	44
Viaje a Houston, Texas.....	47
La vida alrededor de las casas .....	48
*Overol y delantal.....	51



## **CAMELIA ROSÍO MORENO G.**

De Jerécuaro, Guanajuato. Ama de casa, gestora y promotora cultural. Hacedora.

Ha participado diversas antologías. Es antóloga de los libros *Tintas del Lerma* (Editorial Palibrio). *Ecos del Nido* (Puente de piedra) y *Mirar con Otros Ojos* Antología Poética (Editorial Prisma).

Colabora con el periódico digital SomosMass99 en la sección Somos Palabras, donde se difunde el trabajo literario en voz de los autores.

Coordina El Círculo de Lectura y Creación Literaria de Acámbaro, Gto., donde reside actualmente.

Prisionera de su libertad: son las palabras con las que se define.



## **Entre limón y vainilla la infancia se derrite**

Sentada en el resquicio de la puerta de la casa de mis padres, los recuerdos se amontonan y caminan, un rico olor a pan los alimenta. Crecen y se achican al compás en un ir y venir del tiempo y espacio. El presente se hace pasado, el pasado se hace presente, como las mañanas sin niebla, como las tardes de lluvia, como las noches de luna

Lunes por la tarde, cuando el sol más fuerte quema, veo venir ese carrito con los dos botes de rica nieve, limón y vainilla, son los sabores de siempre, lo empuja un pequeño hombrecito, tal delgado que parece que se quiebra, moreno por color y apellido, con un cigarro en la boca que nunca prende. Jamás lució algún modelo pucciano, sus ropas eran muy sencillas, como él, apenas una camisa muy bien lavada y sus pantalones desgastados, que ajustaba a su cintura con un cinturón que le quedaba tan grande que casi le daba doble vuelta.

¡Ya llegó don Chon! gritan los niños de la cuadra, y corren a su encuentro, se detiene en la esquina y esboza algo que parece sonrisa, todos regresan con sus barquillos llenos de nieve, yo los veo, y como no tengo el tostón para comprar el mío, ni me levanto. Al dejar de tener niños alrededor, voltea a verme y me dice: niña tráeme un pan tallado, con esa voz

que apenas se entiende, sin soltar el cigarro que adorna su boca. Entro corriendo a la panadería, tomo el pan solicitado, dos nopalitos, panecillos de harina, leche y carbonato que mi padre invento en forma de nopal y salgo de prisa

Aquí está don Chon –le digo– y le traje un nopalito.

Gracias –me dice–, a ver pásame el tuyo. Lo voltea y le pone una cucharada de nieve de vainilla, me paga el pan tallado y lo pone en una bolsa que cuelga a un lado del carrito, cerca de los botes de madera, que están llenos de hielo, donde gira continuamente los botes de nieve para que no se derrita y yo regreso feliz con mi pan con nieve que era una verdadera delicia, conjugaba en uno, dos de los sabores favoritos de mi infancia.

Ahora que he crecido pregunto ¿por qué me regalabas nieve? Yo nunca te vi comer el nopalito, creo que cuando yo me iba, lo ponías con el pan tallado y lo llevabas a tus hijos que no eran ni uno, ni dos, ni tres, ni siquiera cinco, eran como diez tal vez más, solo que, hasta ahí, mis dedos los contaban.

La infancia se fue derritiendo como la nieve, los años han pasado, cuando regreso a la casa de mis padres, me siento en el resquicio de la puerta y veo a don Chon en su ir y venir con su carrito, y disfruto del recuerdo de ese delicioso nopalito con nieve.

## Amar un rruiseñor

Difícil, muy difícil, bueno difícilísimo, fue para mí leer la novela *Matar a un rruiseñor*, de Harper Lee, no por que fuera compleja, compleja no, no, claro que no, no fue eso, sino que me fue imposible salir sin una borrachera, y de la cruda literaria que me provocó, ¿cómo se puede salir ileso de una historia así?

Crecí al lado de la hermosa Scout Finch, del tímido Jem, me hice amiga de Dill y por supuesto, me enamore de Atticus, él merecía ser amado, no puedo decir que por todas, no, pero si por mí. ¡Tanta entereza, tanta valentía, tantos valores, tanto amor! Eso lo hacía crecer ante mis ojos, le anexaban guapura y a mí se me da fácil amar a los guapos que ocupan todas las letras.

Cuando Harper Lee me presentó a Boo Radley, succumbí a la pena, lloré descaradamente, sin tapujos, me soné la nariz cuando ya estaba llena, y es que, en esta novela, los sentimientos se constipan, si no, que alguien me diga porque quise matar a tal Mayela y a su alcohólico padre, Bob Ewell, sí, yo fui Boo o tal vez Jem, ¡vaya usted a saber la verdad!

Muchos Tom Robinson he conocido en mi vida, no por el color, si por la injusticia.

Y quisiera que este mundo estuviera lleno de seres como Finch en su honestidad y valentía en todos los ámbitos de la vida.

Creo que decir más es menos de esta novela que se atravesó en mi vida, para enseñarme que existen borracheras que con gusto se pagan con tan tremenda cruda.

Intentar eliminar el sentimiento que me provoca sería como “*matar a un ruisenñor*”, y eso no me lo permito pues es *un pájaro que no le hace mal a nadie*.

## Silencio forzado

Encontraron muchas fosas. En Guanajuato. Existen más.

Tras varios intentos los dejaron trabajar. Las brigadas empezaron la búsqueda. Buscan a los suyos. También a los otros que ya son suyos. ¿Tienen rostro? No. Los de las fosas tampoco. No se conocen. Conocen su dolor, eso les da fuerza. Tienen miedo, miedo a los vivos que los vigilan, que los limitan, que quieren callarlos. Callarlos porque no les conviene que se sepa que son tantas las fosas. “Shhh, en Guanajuato no pasa nada”, ese es el discurso que nos venden. Las brigadas avanzan. Siguen los hallazgos. ¡Son tantos! No están los que buscan. No se dan por vencidos, siguen escarbando. Reconocen a uno. Lo entregan. Recuperan la esperanza de encontrar al suyo. Lloran.

Encontraron muchas fosas. En Guanajuato. Continúa la búsqueda.

## El sol gira

Conocí una niña. Janny. A esa edad qué iba yo a saber de caras de tiernas de a mentiritas.

Íbamos juntas en la escuela a Janny la quería mucho el maestro, ella le llevaba torta todos los días. Un día me quitó un suéter azul que mi mamá me tejió, yo se lo arrebaté en la fila, ella chilló diciendo que era de ella y mandaron llamar a las mamás de las dos a la dirección de la escuela, llegaron, lo que no contaban es que mi mamá llegó con gancho e hilo y la mamá de Janny ni tejer sabía, pero ni así dejó de llorar la payasa y mi mamá, que siempre era buena, me dijo que se lo dejara, que me hacía otro. Así era la Janny y su mamá era como la madrastra de la Cenicienta que en todo complacía a sus hijas. Si no, me hubiera dado mi suéter.

Ya allá por el segundo de primaria llegó una maestra a la que ninguna torta hacía sonreír. Yolanda de llamaba. Asustaba su nombre y la escoba con la que nos sonaba cuando nos portábamos mal. Para todos era mala, no para mí, ella me enseñó a leer, me dio poemas para que los recitara, y me dijo cómo leerlos para que se escucharan bonito. Tenía dos hijos que parecían los príncipes esos de los cuentos que leía, bien grandototes y con unos ojos que hacían su cara re linda, sus

dientes parecían que echaban luces. Cuando me decían “hola” yo ni contestar podía. La maestra cuando los veía sonreía y hasta como que se veía bonita.

Pero ni así me iba a escapar de la Janny, el maestro que tanto la quería se hizo el director de la escuela y ella le seguía llevando su torta a la dirección.

Un día, me eligieron para ser reina de la primavera y también a ella, y como se tenían que vender boletos para hacer una cancha, la que más boletos vendiera era la que ganaba. Yo gané. Los amigos de mi papá me compraron muchos boletos, a veces ni sabía contar el dinero que me daban. Pero la Janny le chilló al director, que yo veía bien panzón por tanta torta que comía, y él fue de salón en salón a decirles que debían votar por la Janny, que así iba hacer la nueva forma de ganar. Entonces llegó mi mamá y tomó el micrófono, el director se lo iba a quitar, pero mi mamá era bien valiente, y dijo frente a la escuela cuánto dinero había juntado y que lo regalaba para que se hiciera la cancha, nomás que no se les olvidara que yo había trabajado mucho para juntarlo y, que como a ella no le gustaba la gente deshonesto, que no necesitaban votar, que coronaran a la Janny. Yo no sé qué pasó después, duraron un montón de tiempo en la dirección, yo nada más veía por la ventana a la mamá de la Janny chillando y el director no dejaba de caminar, estaban otros señores ahí, eran los papás y mamás

de otros niños, que formaban una mesa decían, y a fuerzas querían que yo fuera la reina, pero cuando mi mamá decía no, ya no cambiaba de opinión. Y bueno, la Janny fue reina, pero ella estaba más enojada conmigo y ni sabía yo por qué. A mí ya nunca me dejaron volver a participar en nada de eso.

Seis vueltas dieron la tierra al sol y la Janny fue un eterno dolor de muelas, que se aliviaba con el abrazo de mi madre. Ella no contaba que yo crecía bonita y ella perdía la gracia de estar chiquita.

## Seis vueltas al sol más tarde

Encontré a Janny años después. Creció flaquita igual que las espigas de trigo en verano. Me hizo tantas maldades que se contaban igual que los cabellos que tenía en la cabeza y creo que eso hacía que la viera un poco “feíta”. Seguía ruidosa, apachada, berrinchuda y chillona. Ir a escuelas diferentes me dio la oportunidad de no verla y respirar tranquila.

Estaba en la plaza del pueblo con el Pedro. Pedro era un chico que llegó de México y tenía algo de gracia, solo algo, también dinero, bueno, eso decían y ella no lo soltaba. Creo que la Janny no debió lanzarme esa mirada burlona al pasar con él del brazo. ¡Qué necesidad de despertar mi niña dormida! Lo único que provocó fue que me hiciera amiga del Pedro y la Janny ya no pudo hacer que la viera. En realidad, a mí, el que me gustaba era Aldo. ¡Méndigos ojos tenían el condenado! pero pues le tenía grima a la Janny y era un deber obligado tumbarle al Pedro. Al saber que lo había perdido volteó a ver al Beto y empezó a salir con él. Entonces invité al Pedro y al Beto a un baile del Club de Leones, a esos bailes quería ir todo el pueblo. Yo tenía boletos. Mi papá me los daba para que invitara a mis amigos y nos íbamos con ellos. Ahí les presenté a mis amigas, que, además de bonitas eran

inteligentes, simpáticas y nada chillonas y yo bailé con Aldo que se caía de guapo enfundado en una camisa de seda. La Janny bailó con su hermano.

Por esos días llegó al pueblo un subgerente al banco, joven, con mejillas de granada, flaquito como lombriz de tierra, simpático y saleroso. Obvio la Janny no dejaba de buscarlo, su sueldo y posición le daban un poco de atractivo. La verdad yo iba a dejar que fuera feliz, pero Alba, que cuidaba la paletería de su padre muy cerquita del banco, me dijo: “hagamos una apuesta a ver quién se lo quita”. La verdad esto me da un poco de pena confesarlo, pero Francisco, así se llamaba, se hizo parte de la apuesta y otra vez perdió su oportunidad la Janny. Al ver que algo pasaba con sus pretendientes, ella cambió de rumbo, y empezó a andar con chicos de “fuera”. Yo la dejaba emocionarse, igual que yo de niña me emocionaba con cosas y ella con sus lloriqueos me quitaba. Así. No le dejaba nada, bueno a nadie. Debo aclarar que yo no tuve novio hasta los dieciocho años, así me lo propuse y lo cumplí. Mis amigas lo sabían, pero nadie se lo dijo a ella. Un día la vi acercarse, llegó a donde estaba con mi suéter azul en la mano y me dijo: ya por favor, perdóname, quiero casarme algún día.